

## Luces y sombras de la autoridad en la cultura actual

**Por Rafael Braun**

Propongo entrar en el tema que nos ocupa – luces y sombras de la autoridad en la cultura actual – acudiendo al Diccionario de uso del español de María Moliner. Encontramos allí siete acepciones del término, pero para nuestro propósito me parece suficiente detenerme en la primera. Leemos allí: “Atributo del gobierno y personas que lo representan por el cual pueden dictar disposiciones o resoluciones y obligar a cumplirlas. Atributo semejante que tienen otras personas, por razón de su situación, de su saber o de alguna cualidad, o por el consentimiento de los que voluntariamente se someten a ellas. Situación de una persona entre otras que aceptan su superioridad intelectual o moral”. Encontramos aquí una primera distinción importante entre la autoridad derivada del rol que alguien desempeña, entendiendo gobierno no sólo del poder político sino también de quien ocupa cargos directivos en cualquier institución; y la autoridad como atributo de una persona en razón del reconocimiento que otras personas hacen de su superioridad intelectual y/o moral.

No quiero en esta breve intervención referirme a la autoridad derivada de un sistema cualesquiera de roles. Quiero concentrar mi atención en primer lugar en Jesús, que no ocupó ningún rol de autoridad pero a quien se le reconocía autoridad. Leemos al final del Sermón de la Montaña: “Cuando Jesús terminó de decir estas palabras, la multitud estaba asombrada de su enseñanza, porque él les enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas” (Mt.7,28-29). A la pregunta “Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién te dio autoridad para hacerlo?” (Mc.11,28), Jesús se niega a contestarles en vista de que no querían responderle si el bautismo de Juan venía del cielo o de los hombres.

Hay un tipo de autoridad moral representado por la coherencia entre lo que se dice y se hace que sí está presente en la enseñanza de Jesús, de Pablo y de los padres de la Iglesia. Dice Jesús: “Los escribas y fariseos ocupan la cátedra de Moisés; ustedes hagan y cumplan todo lo que ellos les digan, pero no se guíen por sus obras, porque no hacen lo que dicen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo” (Mt.23,2-4). Dice Pablo: “¡tú, que enseñas a los otros, no te enseñas a ti mismo! Tú, que hablas contra el robo, también robas. Tú, que condenas el adulterio, también lo cometes. Tú, que aborreces a los ídolos, saqueas sus templos. Tú, que te glorías en la Ley, deshonoras a Dios violando la ley” (Rm.2,21-23). Y por último, San Gregorio Magno, comentando un texto de S.Pablo, afirma: “... no es su intención inculcarle un dominio basado en el poder, sino una autoridad basada en la conducta. En efecto, la manera de enseñar algo con autoridad es

practicarlo antes de enseñarlo, ya que la enseñanza pierde toda garantía cuando la conciencia contradice las palabras”.

#### La autoridad del saber

Dos acepciones del término autoridad son: “conocimiento o dominio de cierta materia que tiene alguien, por el cual su opinión es tenida en cuenta por otros” y “Persona tenida por muy entendida en cierta materia”. En la cultura actual el conocimiento es un bien altamente valorado. Se habla de la necesidad de que nuestras sociedades se transformen en “sociedades de aprendizaje” (learning societies) y en “empresas de aprendizaje” (learning corporations), Cada vez se insiste más en que el conocimiento es el fundamento principal de la creación de riqueza.

Esta es una luz de la cultura actual: la creación y difusión de conocimiento ha alcanzado magnitudes incomparables en relación con otras épocas históricas. Sin embargo cabe señalar dos cosas. En primer lugar la manera en que las sociedades honran a las ‘autoridades’ en estas materias no es tan congruente con la lógica del amor a la verdad como con la lógica del amor al dinero. En efecto, los premios son importantes por los montos acordados a los ganadores; los investigadores, en la medida (muy pequeña) en que son dueños de sus trabajos, procuran primero patentar sus descubrimientos antes de publicarlos, con el fin de obtener una importante renta vitalicia. Como la mayor parte de la investigación científica es realizada por organismos estatales con propósitos militares o por empresas, muchas de las investigaciones no se comunican al público y se mantienen en secreto. No están al servicio de la verdad, que por definición debe ser difundida para bien de toda la humanidad.

Esto nos lleva al segundo punto. ¿Qué sentido tiene reconocer la autoridad del saber en una cultura crecientemente sofista, negadora o desconfiada de la posibilidad que el hombre tiene de alcanzar la verdad? Los gobiernos democráticos y las empresas viven de encuestas de opinión. Por eso se valora la verdad instrumental de la ciencia, pero no se honra la autoridad de los científicos; se valora el rédito económico de la ciencia, pero se desatiende el estudio de las humanidades y la verdad teórica.

Quisiera ilustrar lo dicho con uno de los tantos ejemplos posibles de ofrecer. En las universidades nacionales de la Argentina, quien designa a los profesores es el Consejo Directivo de las respectivas Facultades. Ese Consejo está integrado por profesores, graduados y estudiantes. Los graduados y, sobre todo, los estudiantes carecen de autoridad alguna para juzgar el “conocimiento o dominio de cierta materia” que tiene el candidato. En el caso de los estudiantes es particularmente grotesco, ya que quienes acuden a la Universidad para instruirse juzgan los méritos académicos de quienes se postulan a enseñarles, es decir sacarlos de su ignorancia. El que no sabe califica al que sabe; el ignorante a la autoridad en la materia. Prevalece la opinión política e ideológica sobre el juicio académico, como se ha visto en la denegación a varios profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de su nombramiento como

eméritos. Sombras como ésta abundan en la sociedad contemporánea. Como dice el refrán porteño, que expresa la sabiduría popular: “el que sabe, sabe; el que no sabe, manda”.

#### La autoridad moral

Autoridad moral tiene quien demuestra coherencia en su vida entre lo que profesa y lo que hace. Recordemos una palabra de Jesús: “No son los que me dicen: ‘Señor, Señor’, los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre” (Mt.7,21).

Este tipo de autoridad está basado en la conducta, y su rasgo distintivo es la ejemplaridad. El coronel que conduce a sus tropas al frente de las mismas, y es el primero en caer, conduce con autoridad moral. El empresario que decide controlar la hora de entrada y salida del personal por medio del fichaje en un reloj, tiene que ser el primero en llegar y el último en irse. Es una autoridad que suscita imitación más que obediencia; atrae en vez de alejar. Como me decía con cariño y humor un viejo amigo sacerdote: el obispo es como el sol, de lejos alumbra, de cerca quema...

La autoridad basada en la ejemplaridad no suscita temor sino que inspira confianza. No da órdenes para que las cumplan otros, sino que invita al seguimiento por su conducta. Recordemos el lavado de los pies. Jesús tenía este tipo de autoridad. Carecía de cualquier tipo de autoridad de jurisdicción porque no ocupaba ningún rol de autoridad.

Permitanme citar un texto fuerte de Pablo VI, de 1975: “Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creen verdaderamente en lo que anuncian? ¿Viven lo que creen? ¿Predican verdaderamente lo que viven? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos” (E.N.76). Si el anuncio no va acompañado de una santidad de vida se hace anémico.

Los buenos ejemplos son las luces. Pero todos conocemos la influencia de los malos ejemplos. Ejemplaridad y coherencia son conceptos formales que pueden aplicarse indistintamente al santo y al criminal. ¿Por qué recuerdo esto, que a algunos les parecerá exagerado? Porque del mismo modo que antes evocaba el escepticismo en relación con la verdad, ahora quiero recordar que la cultura actual está atravesada por el relativismo moral. Pilato le preguntaba en tono escéptico a Jesús ¿Qué es la verdad?; hoy el principio rector de las conductas es la autonomía: cada uno tiene derecho a darse su propia ley. La moral se ha privatizado porque el concepto de bien ha perdido su anclaje metafísico. Y entonces en vez de vivir como se piensa, se termina pensando como se vive.

Hoy en día las autoridades morales molestan. También ocurría lo mismo en tiempos del libro de la Sabiduría: "Tendamos trampas al justo, porque nos molesta y se opone a nuestra manera de obrar ... Es un vivo reproche contra nuestra manera de pensar y su sola presencia nos resulta insoportable, porque lleva una vida distinta de los demás y va por caminos muy diferentes" (Sab.2,12-15). Autoridades morales quedan pocas en el mundo. Tenemos muchos profesores, pero pocos maestros de vida. Pienso que el mundo está sediento de autoridad, pero encuentra pocos ejemplos a seguir. Si la Iglesia ha de decir algo significativo en esta materia tendrá que hacerlo no desde su poder de jurisdicción sino desde el ejemplo de vida. Como lo hizo la Madre Teresa de Calcuta, hoy ofrecida como ejemplo canónico de santidad luego que así la reconociera el mundo entero.